

ALFA Y OMEGA



ARQUIDIOCESIS DE MÉXICO • VENEZUELA • CENTROAMÉRICA • EL CARIBE

03 FEBRERO 2019

AÑO 5 / N° 06 / TONO 3 / EOTH. 3



MEMORIA DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO

Santoral: Simeón el Anciano y Ana la Profetisa.

TROPARIO DE LA RESURRECCIÓN

Tono 3

Que se alegren los celestiales y que se regocijen los terrenales, porque el Señor desplegó la fuerza de su brazo, pisoteando la muerte con su muerte. Y, siendo el primogénito de entre los muertos, nos salvó de las entrañas del Hades y concedió al mundo la gran misericordia.

TROPARIO DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

Tono 1

Regocíjate, oh Llena de Gracia, Virgen Madre de Dios, porque por ti resplandece el Sol de Justicia, Cristo nuestro Dios, quien ilumina a los que han estado en las tinieblas. Alégrate también tú, oh justo anciano, que recibiste en tus brazos al Redentor de nuestras almas, quien nos otorga la Resurrección.

CONDAQUIO DE LA PRESENTACIÓN DEL SEÑOR EN EL TEMPLO

Tono 4

Por tu nacimiento santificaste las entrañas de la Virgen, oh Cristo Dios, las manos de Simeón bendijiste debidamente y a nosotros nos alcanzaste y salvaste. Conserva a tus fieles en la paz y auxilia a los que amas, porque Tú eres el único Amante de la humanidad.

CARTA DEL APÓSTOL SAN PABLO A LOS HEBREOS

(7: 7-17)

Hermanos: No cabe duda de que el inferior recibe la bendición del superior. Y mientras aquí reciben el diezmo hombres mortales, allí, uno de quien se atestigua que vive (Melquisedec). Y, por decirlo así, hasta el mismo Leví, que

recibe los diezmos, los pagó en la persona de Abraham, pues ya estaba en las entrañas de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

Pues bien, si la perfección estuviera en poder del sacerdocio levítico —bajo cuyo ministerio el pueblo recibió la ley—, ¿qué necesidad habría ya de que surgiera otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, y no «a semejanza de Aarón»? Pues, cambiado el sacerdocio, necesariamente se cambia la ley. Y el hecho es que aquel de quien se dicen estas cosas pertenecía a otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Y es bien manifiesto que nuestro Señor procedía de Judá, y a esa tribu para nada se refirió Moisés al hablar del sacerdocio.

Todo esto es mucho más evidente aún si surge otro sacerdote a semejanza de Melquisedec, que lo sea, no por ley de prescripción carnal, sino según la fuerza de una vida indestructible. De hecho, está atestiguado: tú eres sacerdote para siempre, a semejanza de Melquisedec.

SANTO EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

(2: 25-40)

En aquel tiempo, había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. Movidio por el Espíritu, vino al Templo, y cuando los padres del niño Jesús lo introdujeron para cumplir lo que la Ley prescribía, él lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, según tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la que has preparado delante de todos los pueblos, luz para alumbrar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel».

José y la madre del Niño estaban admirados de lo que se decía de Él. Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: «He aquí que éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal de contradicción —y a ti, una espada te atravesará el alma— a fin de descubrir las intenciones de muchos corazones».

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada. Después de casarse, había vivido siete años con su marido y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día, en ayunos y oraciones. Ésta se presentó en aquella misma hora, y alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre Él.

MENSAJE PASTORAL

La esperanza de la espera y de la recepción

*“Ahora, Señor, puedes dejar que tu
siervo se vaya en paz, pues mis ojos
han visto la salvación...”*

En este día, Jesús es presentado en el templo por sus padres y es recibido, primeramente, en los brazos del anciano Simeón, quien había acudido al templo guiado por el Espíritu. De igual manera, estuvo presente en ese momento la profetisa Ana, mujer de edad avanzada, quien vivía como una de las viudas al resguardo del templo desde hacía ochenta y cuatro años, sin apartarse de él, ofreciendo ayunos y oraciones día y noche.

Jesús fue recibido en Jerusalén y en el templo dos veces en su vida, de manera singular. El primer recibimiento ocurrió ahí, cuando todavía era infante y tenía cuarenta días de nacido, antes de su labor pública a los treinta años. Y la segunda recepción se produjo cuando la gente salió a su encuentro en su entrada triunfal a Jerusalén, al cumplir tres años en su tarea pública de predicación.

En su primera entrada en el templo, tanto el anciano Simeón como la profetisa Ana consiguieron percibir su divinidad, que era un rasgo que buscaban quienes esperaban la “consolación de Jerusalén”. En su segunda entrada, ocurrida después de todo lo que Jesús manifestó en palabras y obras, fue recibido por el pueblo que lo rechazaría y crucificaría días después. Así, Jesús habría decepcionado la espera que guar-

daba este pueblo, o bien las expectativas del pueblo en cuanto al “Mesías” eran opuestas a lo que éste manifestaba.

De esta manera, en la memoria de la Presentación del Señor al Templo, nos encontramos ante el anciano Simeón y la profetisa Ana, ambos guiados por el Espíritu para recibirlo con profecías y glorificaciones a Dios, antes de su misión pública. Nos encontramos ante un pueblo que lo recibe, pero cuyos anhelos meramente terrenales conducirán al Mesías a la cruz.

Por tanto, hemos de purificar nuestra espera de Dios. El encuentro con Dios debe entenderse como el saciar la sed verdadera que se encuentra en la dimensión interior de cada persona. Pero, ¿cuántas veces este encuentro no se ha logrado, porque nuestra espera de Él estaba mezclada con nuestros sueños, cosas que no vienen de Él ni son para Él? ¿Cuántas veces el encuentro con Dios fue una sorpresa y quizás algo más, un choque? ¿No es acaso que cuando tenemos una fe pura, lo encontramos como alegría y vida?

En muchos momentos de la vida vamos a sentir la presencia de Dios y su cercanía, a pesar de las nubes de preocupaciones e inquietudes que podamos tener. Esto puede ocurrir en un momento de adversidad, de alegría, de escucha a la palabra divina, de comprensión de un texto espiritual o meramente humano, del enfrentamiento con nosotros mismos ante diferentes deseos... Allí donde nos encontremos con Dios, la naturaleza de nuestro encuentro será determinada por la calidad de nuestra fe, sea ésta pura o inmadura.

Mientras que Dios busca a toda alma, como el novio busca a la novia, el hombre, en cambio, tiende a tardar en recibir a Dios que lo busca, o se forma una imagen de este “Mesías” que no coincide con los motivos de su espera en su momento.

Comparando las dos entradas de Jesús al Templo, por un lado, nos damos cuenta de que la justicia de Simeón y las oraciones de Ana los han hecho esperar la verdadera consolación de la humanidad, a cuyo encuentro los había guiado el Espíritu, antes de que el Mesías se manifestara públicamente. Por otro lado, observamos que los deseos mundanos del pueblo no le permitieron encontrarse realmente con Jesús, aun después de que habían transcurrido tres años de su predicación.

La espera de Simeón y de Ana se construyó sobre las piedras de la oración, el ayuno y el incienso del templo, mientras que la espera del pueblo se edificó sobre el deseo del poder y los anhelos mundanos. No podemos recibir a Jesús sino sólo después de un acto de fe que se conjuga con una vida de justicia.

Las presiones de la vida y las preocupaciones diarias hacen que el equilibrio entre la materia y el espíritu sea cada vez más frágil y también que la sed humana de Dios sea cada vez más fuerte. La espera del hombre para recibir a Dios en su vida se hace más ferviente y grande.

Si estas motivaciones de la vida diaria son para nosotros una razón para esperar que se realicen sólo sueños mundanos, entonces nuestro encuentro con Jesús será una dura sorpresa algún día. Y si dejamos que estas necesidades, en la fe, purifiquen nuestra espera, entonces encontraremos a Jesús, pero después de haber liberado nuestros deseos de motivaciones mundanas. Hemos de hablarle a Jesús en un momento de vigilia, de oración acompañada por el ayuno. Entonces, el día de nuestro encuentro con Él será nuestro gozo y exclamaremos tal como cantó Simeón: “Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz, pues mis ojos han visto la salvación”. Amén.

+MONSEÑOR PABLO YAZIGI
ARZOBISPO DE ALEPO

Iglesia Ortodoxa Antioquena
Arquidiócesis de México, Venezuela, Centroamérica y el Caribe

Pirules 110, Jardines del Pedregal, 01900, Ciudad de México.

Tel.: +52(55)5652-7772

Fax: +52(55)5652-5433

e-mail: ortodoxia@prodigy.net.mx

Web: www.iglesiaortodoxa.org.mx